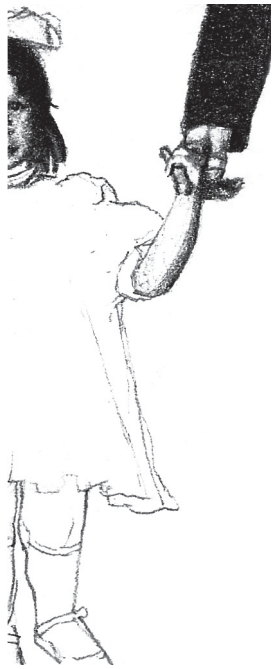

Velas para el camino

RAQUEL SHWARTZER

FONDO EDITORIAL UNIVERSIDAD EAFIT

LETRA X LETRA

Shwartzer, Raquel
Velas para el camino / Raquel Shwartzer. -- Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2016.
798 p.; 24 cm. -- (Letra x letra)
ISBN 978-958-720-336-3
1. Novela colombiana. 2. Violencia contra la mujer – Novela. I. Fleisacher C., Esther, prol. II. Giraldo G., Claudia Ivonne, prol. III.Tít. IV. Serie

C863 cd 21 ed.
S562
Universidad EAFIT- Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Velas para el camino

Primera edición: agosto de 2016

© Raquel Shwartzer
© Fondo Editorial Universidad EAFIT
Carrera 49 # 7 Sur - 50, Medellín. Tel. 261 95 23
http//www.eafit.edu.co/fondo
Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-336-3

Dirección editorial: Esther Fleisacher, Claudia Ivonne Giraldo

Diseño y diagramación: Alina Giraldo

Imágenes de carátula y guardas: Elkin Restrepo

La reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, queda prohibida sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes.

La trama y los personajes de esta novela son producto de la imaginación de la autora. Cualquier relación ente la trama y acontecimientos reales, y entre los personajes mencionados y personas vivas o muertas, es pura coincidencia.

Editado en Medellín, Colombia

Agradecimientos

Antes que nada, quiero pedir perdón a mis seres queridos que ya no están conmigo, por perturbar la serena quietud de sus sueños al internarme en este laberinto casi impenetrable de recuerdos, buscando entender el porqué de tanta crueldad.

Fueron cuatro años de escritura en las noches silenciosas y sintiendo cómo los fantasmas me susurraban al oído y rondaban por mis duros sueños que a veces me hacían despertar con la cara bañada en lágrimas. Espero que este libro permita que reine la paz en nuestras almas.

Este libro, mi primer libro, lo dedico con todo mi amor:

A mis queridos hijos y nietos.

A mis adorados hermanos.

A mis medio hermanos, quienes comparten esta historia de violencia y amor enfermo.

A mi querido esposo, cómplice de mis insomnios, paño de mis lágrimas, que no me dejó decaer en ningún momento y me dio apoyo incondicional.

A mis tres tías de Colombia, México y Estados Unidos, testigos de este drama, quienes me ayudaron a buscar las profundidades de esos recuerdos tormentosos. Dos de ellas, que en paz descansen, no alcanzaron a leer este libro.

A mi madrecita y a la madre de mis medio hermanos, mujeres guerreras que no pudieron escapar de la violencia.

A mi padre, por quien ruego a Dios lo haya perdonado.

A Nomi Sisso, queridísima amiga, quien leyó capítulo a capítulo, con fascinación y tristeza, y me animó a seguir adelante. A Alicia y Orna, por su gran aliento y ayuda incondicional para imprimir mis manuscritos de la primera edición hecha en Israel.

A Esther Fleisacher, amiga consejera que Dios me envió desde el cielo, acogió la novela y me dio ánimos para lograr la publicación de mi libro en Colombia,

mi país natal. De nuevo gracias a Esther Fleisacher y a Claudia Ivonne Giraldo por el cuidado y el intenso trabajo que significó pulir el libro, sé que fue una labor ardua; y por su compañía solidaria en este doloroso encuentro con la memoria. La imagen que llevo de ustedes será siempre llena de esperanza.

También mi gratitud con el Fondo Editorial Universidad EAFIT por valorar y confiar en este proyecto.

Y por último, a ti, querida hermana en la eternidad, con quien descubrí la doble vida de nuestro padre y a quien juré que escribiría la historia: me costó sangre, mi reina, pero lo prometido es deuda. Querida hermana, te devuelvo el reposo. ¡Descansa en paz!

Contenido

La fuerza de una verdad
Esther Fleisacher C.
Claudia Ivonne Giraldo G. 9

Prólogo 11

Primera parte 13

Segunda parte 215

Tercera parte 367

Cuarta parte 531

Epílogo 785

Glosario 791

La fuerza de una verdad

Velas para el camino es una novela políticamente incorrecta porque se ocupa de un tema tabú, y en eso radica su fuerza y su enorme dimensión humana. No es la narración intimista que se espera de las mujeres, se trata de una historia desgarrada y dura que conmueve desde las primeras frases porque no da tregua, porque no quiere esconder sino develar, revelar, denunciar. Tras el folletín amoroso se halla oculta una verdad dolorosa cargada de crueldad, que seguramente se construyó a la par que ese imaginario idílico de la mujer dominada por el hombre, recreado por la literatura, el cine y la música popular a partir de la década de los treinta.

En Colombia las diferentes violencias se han convertido en el panorama diario, sorprende que la que se ejerce dentro de la familia sea tal vez la menos esclarecida. Las noticias muestran todos los días a mujeres que mueren a manos de sus parejas, parejas que matan a golpes a sus hijos, mujeres que también pueden ser perpetradoras. Pero pocas veces esos actos terribles pasan de ser meros datos y alarmas, y las más de las veces van a caer en el limbo de una investigación judicial. Quizás porque provenimos todos del viejo mandato de que "la ropa sucia se lava en casa", los espantosos hechos que ocurren en el hogar quedan sin voz al lado de las grandes noticias de masacres, combates y procesos de paz a los que sí se les dedica el tiempo, el dinero y la inteligencia de todo el país. Y si esto ocurre hoy, cuando las normas en teoría amparan a la familia y protegen a los más desvalidos, ¿qué podríamos esperar hace más de cincuenta años cuando se les desconocía la mayor parte de sus derechos?

La figura legal de la potestad marital, que ponía a la mujer bajo la dependencia del marido en una relación similar a la de los menores con el padre, fue abolida en Colombia en 1932, en lo relativo a los bienes; y solo en 1974, en lo atinente a su persona. Si el hombre de la casa "castigaba" a su prole o "disciplinaba a su mujer" no había mecanismos efectivos para evitar el maltrato. Ni las autoridades, ni los vecinos y mucho menos los parientes y allegados querían meterse en problemas

de pareja; ese, decían, era asunto de ellos y de nadie más, así que mujeres y niños estaban solos. Bajo este panorama campeaban el insulto, el abuso, la amenaza, la violencia en la familia y su correspondiente silenciamiento. Eran tiempos oscuros, épocas de terror para muchas familias de todos los estratos económicos y socioculturales del país y de toda Latinoamérica. Nadie parecía poder o querer ayudar. Aunque el maltrato familiar pervive, por lo menos hoy existen normas y procedimientos disponibles para solicitar protección.

Nuestra literatura local y nacional hace eco de ese silencio, escasamente ha abordado este tema; en no pocas novelas y cuentos la vida familiar de hace cincuenta o sesenta años se halla representada de manera idílica y tranquila, y en especial en las novelas que hablan de la clase media o alta de la sociedad. Es consecuente con esta realidad que sea en las obras de algunas de nuestras escritoras, como Rocío Vélez de Piedrahita, María Helena Uribe de Estrada, Helena Araújo, Alba Lucía Ángel y Laura Restrepo, que se hayan denunciado las diferentes violencias que mujeres y niños vivían y viven en el hogar y fuera de él.

El gran valor de esta novela es su fuerza narrativa, nacida de la profunda necesidad de contar una historia que arrastra la fuerza de una verdad. Raquel Shwartzer, la autora, con una decisión inquebrantable, sin ser escritora de oficio, va llevando sin artificios estas vidas paralelas y, poco a poco, devela ante el lector los comportamientos "ingenuos" de las mujeres que tejen esta trama. Mujeres que dan todo por el ideal de un amor total, sofocante, atrayente, subyugador, donde el hombre marca el rumbo: cuándo y cómo besar, cuándo bailar, cuándo fumar, cuándo procrear, cómo administrar y disponer de los bienes… Caen así en la trampa del amor impuesta por la cultura y pierden su libertad, seguridad y dignidad.

Esa es la historia de esta novela en la que dos mujeres se enamoran del mismo hombre seductor, violento, alcohólico, jugador y sin conciencia. Incrédulos, con el corazón en vilo, somos conducidos a los infiernos que viven estas dos familias por la narración de Jayita, Gabriela, Alex y Raquel, que desde ahora se harán inolvidables y cobijarán las voces de tantos que nunca pudieron revelar su dolorosa verdad.

Los golpes de Alex a sus dos mujeres fueron también los golpes de toda la sociedad; este es, en último término, el relato de una gesta libertaria contada con fuego en el corazón, una gesta que nos libera y corre el velo sobre los mitos y mentiras que encierra un imaginario amoroso de entrega, que conlleva el sometimiento y la humillación.

Presentamos con emoción esta novela de Raquel Shwartzer y reconocemos el enorme coraje que tuvo al escribirla y revelar un secreto familiar. La recibimos como un regalo para miles de mujeres y hombres que vienen detrás y que merecen construir otros tipos de relaciones: dignas y respetuosas, sin miedos ni silencios.

Esther Fleisacher C.
Claudia Ivonne Giraldo G.

Prólogo

Soy la segunda hija del matrimonio de mis padres.

Después de muchos años de vivir en Israel regresé a Colombia para acompañar a mi querida hermana que necesitaba un trasplante de pulmones, al que desgraciadamente no sobrevivió. Pero en esos seis meses de espera increíblemente felices, transcurridos en el país de nuestra infancia, la vida pasada adquirió una enorme importancia y muchas verdades dolorosas salieron a la luz; verdades ignoradas que emergieron gracias a una coincidencia, conduciéndonos a un laberinto que atravesamos lentamente, y en el que tuvimos que enfrentar batallas muy difíciles. Con una fuerte determinación decidimos llegar al fondo de la verdad y compartimos la decisión de reivindicar nuestra historia, y la de las personas que tanto amamos, escribiendo una novela.

La vida está llena de enigmas, de maravillas, de sorpresas, pero lo que nos deparaba al volver a Colombia después de treinta y cuatro años de ausencia no lo hubiéramos imaginado nunca. Evocar el pasado fue como descubrir rastros en una maraña llena de obstáculos, pisando la huella profunda y dolorosa de esas vidas desconocidas hasta ahora. Tuvimos que hacer frente a una revelación que nos sobrecogió más allá de las palabras. Entre lágrimas amargas, rabias y alegrías, el pasado de nuestra familia, de nuestros padres, se nos reveló tan increíble que nos pareció pura ficción.

Hoy, tantos años después de la muerte de mi padre, escucho con los ojos cerrados una de sus melodías favoritas mientras las lágrimas no dejan de fluir y el tiempo vuelve atrás con una velocidad increíble. Creo ver a esas dos mujeres tan jóvenes, tan ilusionadas por el ansia de vivir felices a pesar de los pesares, sacrificando todo por el futuro de sus hijos. Veo también a mi padre morirse solo en un hospital lúgubre, entre la cruz y la estrella. No puedo ni siquiera imaginar cuál pudo ser su último pensamiento.

No estudié en la universidad y, como ya lo dije, hace treinta y cuatro años vivo en Israel. Desde que me casé trabajé al lado de mi marido para criar dignamente

a nuestros cuatro hijos. Cuando a veces me faltan el aire, y hasta las palabras, me dedico a escribir la historia de mi familia. Con la escritura puedo regresar al pasado y reencontrar a mis seres queridos que ya no están.

La escritura responde también al cumplimiento del juramento que hice ante la tumba de mi hermana del alma de no desistir hasta poder contar la historia de nuestra familia. Con su dulce e invisible compañía le daré la voz a quienes ya no están, a quienes espero poder reivindicar en su inapreciable y valiente paso por este mundo.

Debí contar hechos que ocurrieron antes de mi nacimiento e incluso involucrar a personas a quienes no conocí. Por eso la investigación, las entrevistas y la imaginación fueron mis grandes aliadas. Jayita y Gabriela son las narradoras de su propia historia que después ha sido la mía, porque fui parte de ella.

Mi deseo es relatar los acontecimientos de familia que impactaron profundamente mi vida, dividiéndola en un antes y un después.

Que así sea.

PRIMERA PARTE

Raquel. Un grupo de judíos logró llegar al país azteca durante los años de 1925 y 1926 y se abrió paso en un mundo plagado de antisemitismo. Entre los cansados inmigrantes llegados de Rusia, Polonia y de otras muchas zonas de Europa estaba mi abuelo Mendel Shapiro quien, a pesar de los muchos inconvenientes que tuvo que afrontar, llegó a esa nueva tierra decidido a ser parte de ella. Allí encontró la calma que ansiaba para silenciar los recuerdos del fuego, del dolor, del hambre y de la separación de su querida familia.

También encontró a Mira, otra inmigrante rusa-judía, y se casaron; de esa unión nacieron dos bellas hijas, Clara y Malca Shapiro. Sin un solo centavo en el bolsillo, sin ayuda del gobierno, ellos sabían, sin embargo, que cuando una puerta se cierra se abre otra, y que su responsabilidad era buscarla en el camino que acababan de emprender.

Fueron, sin discusión, unos padres ejemplares, personas de honor que hicieron lo posible para que el futuro de sus niñas fuera siempre brillante, definido, mágico, casi rosado a pesar de los duros golpes de la vida. Pero no pudieron prever que sus hijas iban a correr suertes disímiles, y no porque no las hubieran alentado por igual a estudiar, a ser honradas y a tener grandes aspiraciones.

Clara nació el 28 de agosto de 1928: 28 del 08 del año 28. ¡Qué fecha! Fue la primogénita de Mendel y Mira. La alegría de los padres era enorme, pero a los cinco minutos les avisaron que la niña había muerto. Desesperado, mi abuelo insistió en verla y cuando retiró la sábana que cubría su pequeño rostro vio que aún movía los ojos. Corrió con ella donde los médicos que la revivieron. Así, Clara *Jaya* Shapiro nació ese día por segunda vez. Jaya significa "vida" y de ahí en adelante la llamaron Jayita. Mis abuelos sintieron el sosiego del alma y un momento oportuno para la reflexión: la vida, que parecía haber destinado a su niña a morir, le dio una segunda oportunidad. ¿La aprovecharía?

***

Cuando crecieron las chicas sus personalidades y sus bellezas diferentes no hicieron sino fortalecer el cariño que siempre se profesaron la una a la otra.

Ya para su adolescencia, Malca era suave, delgada y tímida; los libros absorbían casi todo su tiempo. Calmada y sensata, ante los inconvenientes solía detenerse y tomar un respiro para ver las cosas desde otra perspectiva. Su rostro delicado

revelaba curiosidad; tenía unos bellísimos ojos color miel y su pelo, que les hacía juego, caía ondulado cubriéndole la espalda. Cuando sonreía, ¡Dios mío!, era capaz de derretir un témpano.

La hermosa Jayita, mi madre, al contrario de Malca, tenía un cuerpo voluptuoso, pero el mismo cutis perfecto y suave y una boca carnosa. Cuando reía, dejaba ver unos dientes parejos y blancos; siempre llamó la atención de los muchachos, que la seguían con la mirada por donde quiera que pasara. Era una joven feliz y dicharachera, enamorada de la vida, que disfrutaba con intensidad su inocente juventud. La colonia judía de la ciudad la adoraba y tenía fama en el colegio de ser una alumna inteligente y juiciosa.

Como nos contaba siempre riendo, su papá la llamaba "rebelde sin causa", pero amaba y respetaba a sus padres y daba la vida por ellos. Aun así, sabían que cuando se proponía algo, hacerla cambiar de opinión era una hazaña casi imposible. Soñaban verla casada con un hombre bueno que aceptara su forma de ser, su carácter fuerte y decidido y su gusto por el tango y el baile.

Jayita soñaba con viajar, conocer el mundo, enamorarse tan intensa y apasionadamente como sucedía en las películas de Clark Gable, Humphrey Bogart y esos ídolos de Hollywood que la hacían suspirar. Cuando salía de las salas de cine, aún hipnotizada por los besos mágicos de la pantalla, decía a sus primas y amigas: "Chicas, vamos por ellos. El amor, la felicidad y el éxito nos están esperando".

Jayita. Esa tarde había terminado cansada mis clases de mecanografía en la academia. Los árboles ocultaban la luz del sol, pero los rayos que lograban filtrarse por entre las ramas parecían darle más luz a mi pelo, que en ese momento llevaba largo y caía ondulado sobre mis hombros, como era la moda. Me sentía enamorada de la vida y complacida con la ciudad donde había nacido y vivía una juventud tranquila y segura. El día empezaba para mí con alegría y así cerraba los ojos en la noche, pensando en mis dulces ensoñaciones, en un futuro que vislumbraba tan feliz como lo era mi presente. En la calma de mi casa, sentía a mis padres cerca, a mi hermana durmiendo en su habitación cerca de la mía, y pensaba que nada podría ser más perfecto.

Esa tarde de 1945, justo al lado de la panadería de mis padres, lo vi. El tiempo se detuvo, pero mi corazón se desbocó en un frenesí interno que nunca antes había experimentado, una especie de miedo inexplicable. Unos instantes bastaron para confirmar que ese era el hombre con el cual soñaba, un espejismo hecho realidad que parecía salido de una película. Sin poder moverme lo miré de arriba a abajo: alto, guapo, imponente. Me estaba mirando a mí y esa mirada me robaba el aire, la calma, la seguridad, haciéndome enrojecer. ¿Quién era él? ¿Por qué me miraba así, con esos ojos que parecían tan amenazantes y a la vez tan seductores?

Turbada hasta lo indecible, con una sensación que jamás había sentido, lo vi acercarse con paso decidido; irresistible, llevaba su cigarrillo colgado de los labios.

¡Dios mío! Ya estaba casi a mi lado. Mi primer impulso fue salir corriendo; pero pudo más la curiosidad y esa mezcla de atracción y miedo que el desconocido me producía: me quedé ahí clavada, no me moví y esperé.

Él seguía con la mirada fija en mí, y pude ver el cigarrillo que se consumía cerca de su bigote bien cortado y cómo el humo subía lentamente por su rostro. Ese hombre alto y apuesto me dedicaba ahora una sonrisa traviesa; actuaba con una gran seguridad en sí mismo, que lo hacía más y más irresistible. Yo no sabía qué hacer; nunca olvidaré las primeras palabras que me dirigió: "¡Qué bella es usted!". Recordé entonces los consejos de mis padres sobre no hablar con extraños en la calle; por eso, lo único que atiné a decir, entre emocionada y molesta, fue que no lo conocía y que no podía hablar con desconocidos. Saqué todas las fuerzas que pude, seguí mi camino y lo dejé allí parado pero de un salto volvió a ponerse a mi lado.

Creí que se me iba a estallar el corazón de la emoción. Tal vez por eso caminé con paso acelerado, hasta que sentí un golpe eléctrico: una mano cálida, pero firme, que me apretaba el brazo. Lo rechacé con fuerza, como si se tratara de una garra, con el rostro arrebolado por la turbación ante aquel fresco desconocido que se había atrevido a tocarme. Era una mezcla de rabia y de curiosidad, en el fondo yo quería saber quién era, pero recordé de nuevo la advertencia de mis padres sobre los riesgos que corríamos las adolescentes que caían en las estrategias de galantería de los hombres. Casi escuchaba sus voces: "¡Cuidado, Jayita! El mundo está lleno de peligros". Volví a emprender la fuga.

Llegué a la panadería de mis padres donde el dulce aroma de los pastelillos y el pan recién salido del horno me hicieron recordar el hambre que traía, y, por un momento, olvidar al hombre de la mirada cautivadora. Pasé el alto mostrador de los pasteles y me interné por un pasadizo largo hasta llegar a los hornos en donde se cocían lentamente los bollos de pan, los *strudels,* las rosquillas de chocolate y los bizcochos de mil sabores. Vi a mi padre moliendo la masa y a mamá dándole distintas formas, ayudada por dos jovencitas de pelo largo muy negro, y por el muchacho que cargaba los canastos.

Mamá nos contaba a mi hermana y a mí que había comenzado a elaborar panecillos en la casa donde vivían y papá a venderlos puerta a puerta en el vecindario. Así habían empezado y, ahorrando centavo a centavo, llegaron a alquilar el negocio y con los años lo convirtieron en la panadería más deseada de San Juan de Letrán, en el centro comercial de la ciudad de México. Después empezaron a vender jugos naturales de zanahoria y naranja. Papá decía que poco a poco iba a ampliar sus horizontes.

¡Mi queridísimo papá! Amaba a los gatos, tenía una pequeña bodega para guardar los sacos de harina y las manzanas, y allí cuidaba a sus felinos, que le eran muy fieles y no permitían que los ratones se arrimaran a los costales y a las frutas. A mi hermana y a mí nos encantaba ver cómo les tiraba pedacitos de

carne; los gatos grandes y sus crías brincaban ansiosos por saborear ese delicioso manjar. Boter Play, la primera gata que tuvo, se sobaba insistentemente entre sus piernas; hasta que él no le daba una caricia ella no se movía de su lado, y cuando él lo hacía, ella ronroneaba feliz.

Papá, su sola presencia infundía respeto en la gente. Había nacido en Ucrania, en una colonia agrícola judía, en la que se dedicaba a cultivar verduras, a cuidar vacas y a otros trabajos de campo. Sus manos fuertes y callosas reflejaban años de duro trabajo. ¡Siempre trabajando! ¡Yo lo adoraba!

Mi padre abandonó el horno tibio para convidarme a una galletita de membrillo; esas galletas y las de jalea eran mis preferidas.

—Y bueno, ¿cómo te fue hoy en los estudios? ¿Aprovechaste el día?

—Sí, papá, me fue muy bien…—atiné a contestar. Yo estaba tan sumida en mis pensamientos que no me di cuenta de que mamá me miraba quién sabe desde cuándo.

—Hola, mamá –sonreí–. Estaba por ahí en la luna.

—Sí, lo sé, hija; como siempre. Ven y prueba mi *strudel*, está calentito. –Sabía que era una delicia.

De mi madre siempre admiré su bello pelo rojizo, como fuego, que hacía hermoso contraste con sus ojos verde esmeralda. Mi hermana y yo siempre quisimos haberlos heredado. En aquella época la ciudad estaba llena de hombres ensombrerados y muy bien puestos; las mujeres iban vestidas, en esos días de primavera, de trajes ligeros de colores enteros de una sola pieza, y en sus cabezas no faltaban los sombreros, adornados con plumas; se usaba llevarlos coquetamente inclinados encima de la frente y dejar suelto un bucle travieso. Pero mi madre era muy sencilla: ataviada con un vestido color blanco o beige, llevaba su infaltable collar de perlas como único adorno.

Cuando salí de la observación de mis padres, me asaltó el recuerdo del encuentro con el galán... ¿Quién sería? No dije nada y preferí esperar a la cena de los *golubtres*, un manjar ruso que mamá hacía con mucho amor, para no olvidar la tradición. Quería guardar para mí ese secreto, pero sabía que terminaría por contárselo a mi familia. Jamás tuve reservas con mis padres; por eso esperaría a la cena y darme un tiempo para saborear aquel encuentro. Sonreí con el pensamiento, me le había escapado y quizá jamás lo volvería a ver. Algo dentro de mí gritaba: "¡Cuidado, Jayita, la vida es demasiado seria para jugar con ella!". Pero en aquella época yo no podía más que vivir lo que la vida misma me proponía.

Por lo regular me iba a casa a hacer los deberes; encendía la vieja radio para entretenerme con los acordes latinos de un algún bolero, pero la sola idea de encontrar de nuevo a ese hombre, no sabía por qué, me atemorizaba y me aturdía. Decidí esperar en la tienda a mis padres que en una hora bajarían la pesada cortina metálica, dando gracias a Dios por ese día que terminaba. Me enfrasqué en la lectura de un periódico arrugado que había por ahí, esperando a

que pasara el tiempo. Vaya, ¡qué día!; aún se veía un pedacito de un cielo azul intenso; era el esplendor de la primavera, en el jardín de enfrente ya se podían ver las primeras azucenas, las rosas, las amapolas. La brisa las movía suavemente, eran de una belleza delicada y acariciaban el alma.

Al mirar los últimos rayos del sol volví a pensar en él. ¿Quién era? Una cosa tenía casi segura: no era mexicano, era un extranjero, seguramente turista; pero, ¿por qué no podía arrancarlo de mi mente? Era como si ese hombre estuviera dotado de una fuerza personal enorme, parecía alguien de larga experiencia en la vida, era mayor que yo, eso era seguro. De pronto me sobresalté con lo que ni se me había ocurrido pensar: ¿sería casado?, ¿tendría novia? Bueno, en la cena lo comentaría con mis papás. Ellos sabrían aconsejarme; seguramente me llamarían la atención por haber detenido el paso ante un extraño, pero quería expresar mis sentimientos en voz alta. Luego le contaría a Leila, mi prima predilecta, compañera inseparable de travesuras.

De reojo vi que papá tomaba una rica *jale* y la envolvía con todo cuidado. Tenía una gran virtud: el amor por su familia. Mi mamá ya se había sacado el gorrito blanco de la panadería para cambiarlo por otro, verde aceituna, que combinaba con su pelo rojizo tan rebelde; desistió de su intento de sujetarlo y salimos hacia nuestro pequeño y acogedor apartamento.

Llegamos a nuestro hogar, limpio y confortable; un olor amado inundaba todos los rincones. Corrí a mi habitación a quitarme los zapatos rojos de tacón alto que siempre usaba para ayudarme a disimular mi baja estatura: apenas superaba el metro con cincuenta y cinco centímetros. Los guardé con mucho cuidado en su caja de cartón, después de haberles pasado un paño para quitarles el polvo acumulado. Era muy cuidadosa con mis pocas pertenencias; sabía del gran esfuerzo que hacían mis padres para comprarlas. Me quité el vestido blanco bordado con florecillas rojas, colgué el cinturón de charol que hacía juego con el bolso y los zapatos y, con delicadeza, me dispuse a desabrochar cada botón del liguero que sujetaba las medias de seda, tratando de evitar que un solo hilillo se corriera y las convirtiera en basura; eran carísimas y yo misma las lavaba con un jabón suave. Luego tomé una ducha reconfortante para aliviar el cansancio del trajín del día.

Ya con mi ropa de casa, me puse las pantuflas y me dirigí al comedor pensando en la manera como les contaría a mis padres el encuentro con aquel desconocido que tanto me inquietaba. No entendía por qué razón no podía sacarlo de mis pensamientos. Terminamos de cenar y papá se levantó lentamente para pasar a la sala y esperar allí su humeante taza de té, que mamá preparaba tan bien. Puse unas galletitas sobre un plato y lo seguí. Aquellas veladas que recordaré hasta el final de mis días eran momentos felices, entrañables. Malca pocas veces se nos unía, siempre tenía un libro entre las manos y se retiraba a leer en su habitación, además el té no le hacía mucha gracia.

Mamá llegó con su pequeña bandeja de plata, que se había ingeniado para sacar de Rusia junto con otras pocas pertenencias. Parecía que la sala se iluminaba

con su presencia, su hermosa sonrisa y su pelo rojizo. Luego de poner la bandeja sobre la mesa de centro con las tres tazas blancas, decoradas con flores amarillas pintadas a mano, se sentó y nos sirvió el té caliente, aromático y dulce, como el ambiente de ese momento. Una vez acomodados, mi padre preguntó:

—*¿Nu*? ¿Qué es lo que ocupa los pensamientos de mi hijita?

Papá era paciente en extremo, sabía escuchar y nunca interrumpía un relato. Ningún hijo podría aspirar a mejor oyente o amigo. Buscaba en mi mente cómo empezar con algo razonable que no los alterara demasiado, pero las miradas ansiosas de mis viejos no me dieron tiempo. Con la mayor indiferencia que pude, como quien no le da mayor importancia al asunto, dije:

—Hoy conocí a un muchacho al salir de la academia.

—¿Cómo? –preguntaron al unísono.

—¿Quién es?¿Cómo se llama?

Su ansiedad me hizo sentir nerviosa e insegura; me dirigí despacio al ventanal: la noche era cálida, las estrellas brillaban; sentí que mis mejillas ardían y sabía que eso quería decir que estaba sonrojada, como si me hubieran agarrado con las manos en la masa. Era desconcertante. ¿Por qué no podía hablar de ese encuentro con naturalidad y sin tanta vergüenza? Me volví con toda la calma que pude y les conté todos los detalles, pero callé la toma del brazo; nunca supe por qué.

Hablar siempre da buen resultado; sentí como si me hubiera quitado un gran peso de encima. Mi madre sonrió tranquila y mi padre suspiró; quién sabe qué pensaban que iban a escuchar.

—Creo, hijita, que tu aflicción es por los momentos difíciles que pasaste por ese encuentro –comentó papá, casi en un susurro–. Fue una buena idea no haber continuado esa conversación. Nunca se sabe qué clase de personas caminan por las calles.

Mamá sirvió otra taza de té, me acarició la mejilla con mucho amor.

—Eres muy bonita, en eso tu desconocido no se equivocó.

Papá se levantó. Era la hora de rezar antes de dormir. Siempre lo hacía: era un fiel creyente en Dios y siempre sacaba su *tales* y su *yarmulke* y se mecía hacia atrás y hacia adelante mientras murmuraba las oraciones; desde que tengo uso de razón así lo recuerdo, concentrado y devoto; también en las Altas Fiestas, *Rosh Hashaná* y *Yom Kipur*, a las que no permitía que faltáramos; las niñas ayunábamos durante veinticuatro horas desde los doce años y los varones desde los trece. A veces Malca y yo hacíamos trampa, cuando no podíamos aguantar el hambre.

Al día siguiente era sábado, el día de descanso. Mis padres, por respeto al mandato de Dios, no abrían la panadería y, por fortuna para mí, no había clases. No pude menos que sonreír pensando en que dormiría hasta el mediodía. En esa época feliz, yo era campeona en dormir, me encantaba.

Con un *a gute nacht* nos despedimos. Ayudé a mamá a llevar la tetera y las tazas a la cocina y camino de mi pieza la oí trajinar y poner todo en

orden. Al llegar a mi alcoba miré la cama cubierta por las sábanas blancas almidonadas y la colcha estampada de flores silvestres; pensé que no podía haber felicidad mayor que entrar en ella. Prendí la lamparita de noche y me puse a leer una novela que llevaba ya por la mitad, pero la buena intención fue superada por los recuerdos de mi desconocido que se negaban a dejarme en paz. Disfruté de una pequeña dosis de felicidad dejando correr la imaginación más de la cuenta, como se deja uno llevar por el encanto mágico de una ensoñación. ¡Dios mío!, qué pensamientos absurdos. Apagué la luz sin haber leído ni una sola página y decidí eliminar de golpe aquellos besos imaginarios. "¡Es el colmo!", me dije. No sé cuándo me dormí oliendo el perfume de las margaritas y las violetas que mamá había colocado en mi mesita de noche.

Un tenue rayo de luz se filtró por la persiana. Traté de ignorarlo para seguir durmiendo, pero no pude. "¡Qué raro! ¿Qué hora será?". Miré el reloj de pulsera que marcaba las nueve de la mañana. ¡Qué increíble! Era sábado, el día de entregarme a un sueño delicioso y no lo podía lograr. Aquel rayito de luz parecía gritarme: "¡Levántate, perezosa; mira qué bello día!". Corrí las cortinas de mala gana y me encontré con un cielo admirable. Qué fabulosa variedad de tonalidades de azul, el sol entibiaba el ambiente, el nuevo día parecía gritar: "¡Arriba!".

Me dirigí al comedor en donde se encontraba mi padre con su periódico en ídish; mi madre tejía un suéter que ya iba muy adelante; me miró asombrada por encima de los lentes.

—Jayita, ¿tú despierta a estas horas?

—Buenos días, mamá. –Los rayos del sol entraban por las ventanas de la sala y se reflejaban en las figuras de cristal que adornaban el salón–. No sé, pero no tengo sueño; comeré algo y vuelvo a la cama.

La vieja radio ya estaba encendida y dejaba oír un bello vals que me arrastraba, en mi imaginación, a los brazos de ese desconocido; las luces diminutas danzaban silenciosas conmigo, mi quimera se desbordaba hasta que oí la voz de mi madre que me sacó de la magia del *Danubio azul*, ese vals de Strauss que me hacía deslizar al compás de la música.

—¿No comes tu tostada? El té se enfría.

La miré con enojo por haberme sacado de mis ilusiones secretas, pero tomé el té caliente y comí la tostada con dulce casero de fresas.

Había decidido ir a la casa de mi prima Leila. Necesitaba salir y, sobre todo, conversar con ella. Desde pequeñas fuimos inseparables, así seguimos en el colegio; crecimos unidas y nos hicimos señoritas. Ahora necesitaba compartirle mi inquietud. Seguro me haría un montón de preguntas llenas de ¿y por qué?, ¿y cómo? Pero tal vez con su serenidad y madurez me ayudaría a sacarme a ese hombre de la cabeza de una vez por todas.

Mi querida prima era una verdadera belleza europea: alta, delicada, rubia y con unos ojos tan azules que intimidaban, aún más cuando se enojaba, pues se volvían del color del acero. En nuestro grupo de amigas sabíamos que tenía la preferencia de cualquier hombre guapo que se nos arrimara; en los bailes, era la primera en salir a la pista. Pero eso sí, se hacía respetar, y por esa razón sus padres le tenían mucha confianza. Yo me sentía muy afortunada por tener una prima y amiga como ella. Cada gesto y palabra suyos tenían para mí un profundo sentido; la escuchaba con extraordinaria atención, todo en la vida, ya fuera triste o alegre, parecía tener solución para ella: sabía escuchar con calma, pero era un fatal error interrumpirla cuando empezaba a dar sus consejos. Mi hermana y yo respetábamos y admirábamos su sorprendente tranquilidad; con un gran sentido de la realidad decía que si era hermoso soñar, era más hermoso aún llevar los sueños a la práctica, o al menos intentarlo.

Me despedí de mis papás y de la pequeña Malca y salí en busca de aquel apoyo fraternal. Vivía a pocas cuadras de nuestro apartamento, así que caminé por un sendero sinuoso que acortaría el camino. Al estar en la libertad de la calle, escuchar el trinar de los pájaros, sentir el calor suave de los rayos de sol, ver los árboles y aspirar el aroma de las flores, sonreí; realmente me sentía otra esa mañana. Toqué la puerta, aquella puerta que tantas veces se había abierto para mí, y salió la tía Mashe, hermana de mi madre, tan parecida a ella: tenía los cabellos rojos como el cobre, hermosos de verdad; mi padre decía que las mujeres rusas eran las más bellas del mundo. Con una sonrisa cordial se hizo a un lado para abrirme el paso, la besé y entré a la sala donde Leila estaba tirada en el sofá, todavía con su bata y sus pantuflas, hojeando un figurín de modas. Cuando me vio entrar levantó una ceja, gesto característico en ella.

—Hola, chaparrita, ¿qué te trae por acá a estas horas?

—Quiero contarte algo que me tiene inquieta; necesito que me ayudes a entender qué me pasa; tal vez es una tontería, pero no puedo sacármela de la cabeza. –Sonrió con esa sonrisa suya contagiosa.

—Bueno. ¿Qué te parece si te tomas un vaso de jugo mientras me ducho y nos vamos a dar una vuelta? –No me hice repetir la invitación. Mientras lo sorbía, empecé de nuevo a llenarme de sueños y de ilusiones.

Cuando apareció Leila, después de casi cuarenta minutos, quedé tan admirada como su propia madre: parecía arrancada de una revista de modas. Lucía un bello vestido blanco con estampado en tonos de azul, turquesa y verde. La correa nacarada hacía juego con los zapatos y la cartera. Los tacones la hacían más alta y esbelta. Creo que su apariencia perfecta se debía a que siempre fantaseó con ser actriz y hacerse millonaria en el negocio del espectáculo, pero ese sueño no lo realizaría: se había enamorado perdidamente de León, un muchacho muy guapo que cumplía con las expectativas y exigencias de cualquier joven judía afortunada.

El sol ya calentaba fuerte cuando salimos a la calle, la luz era intensa. Nos dirigimos al bosque de Chapultepec casi sin hablar, dedicadas a disfrutar del paisaje. Vi el gran ángel que nunca dejaba de fascinarme: era impresionante, no había turista que no se llegara hasta el lugar para admirarlo. A veces, cuando ocurría un fuerte terremoto o un temblor de tierra, lo que era frecuente en nuestro querido México, el bello ángel parecía balancearse con furia, aterrorizando a las personas que se encontraban alrededor, pero no caía. Llegamos al bosque dispuestas a gozar de aquel paseo. Cuando éramos niñas, nuestros padres nos llevaban allí a ver a los animales y después a disfrutar del palacio encantado con sus espejos mágicos.

Compramos para cada una un cucurucho con palomitas y un sabroso jugo de jícama, que estaba frío, a punto para ese día caluroso. Nos encaminamos al lago y alquilamos una pequeña embarcación para alejarnos del bullicio. Una vez instaladas, empezamos a remar con calma y nos adentramos en busca de la paz del lago. Un rayo dorado se reflejaba en nuestros cabellos; éramos conscientes de que Dios nos había dotado de un precioso color de pelo. Las aguas verdes empezaron a tomar un tinte azul oscuro matizado de verde claro y los acordes festivos de los mariachis, que paseaban en sus balsas nos elevaron más el ánimo; seguimos avanzando hasta llegar lejos de la orilla.

Mientras bebíamos el jugo y saboreábamos las palomitas de maíz, Leila se bajó el ala del sombrero para cubrirse los ojos del sol.

—¿Y qué, prima?, ¿qué es lo que te pasa?

Esa era Leila. Había nacido con el don de comprender el alma humana. Le conté con detalles aquel misterioso encuentro y no me interrumpió hasta que terminé mi historia, entonces me respondió muy seria:

—Mi querida, estás enamorada de un desconocido que es muy probable que jamás vuelvas a ver. Despierta y olvídalo; eres bonita, encantadora, alegre, algún día llegará tu príncipe azul.

Aunque el comentario tenía mucho de verdad me sentí aturdida, y sin saber por qué las lágrimas se deslizaron por mi rostro.

—No me preguntes por qué, pero tengo el corazón congelado de miedo. –Me atrajo hacia sí pasando su brazo por encima de mis hombros con un afecto inmenso.

—Chiquita, disfruta la vida hoy que puedes. Nadie sabe lo que el destino nos está cocinando, pero una manera de hacerle el quite es dejarnos llevar por lo que venga, y afrontarlo en el momento preciso. ¿Para qué preocuparnos por el mañana sin haber terminado el día de hoy? Vamos, levanta ese ánimo y rememos hacia el centro, disfrutemos la música y este día tan bonito. Ya verás, mañana te reirás de ese "encuentro".

Sus palabras fueron consoladoras. Pero, el destino me enviaba señales de luz roja y ¡no las vi!

***

Era lunes. Me levanté con pereza, pero ¿qué podía hacer? Tenía que ir a mis clases, me esperaba una prueba de contabilidad y confiaba en poder pasarla, aunque no estaba muy preparada. Sentí el trajín de mis padres disponiendo el desayuno frugal: un té, una tostada delgada y el infaltable jugo de naranjas. Después de besarlos, me senté al lado de mamá; enfrente se sentaba Malca, mi dulce y delicada hermanita, tan difícil para la comida: que esto no le gustaba y que lo otro, tampoco. Mis padres solían decir que teníamos que ser unidas, pues siempre la familia es la única dispuesta a tendernos una mano y ellos no iban a durar siempre. Esas palabras significaban mucho para mí; tanto poder ejercieron en mi vida, que más tarde les inculcaría a mis hijos esos mismos valores, para que a su vez los transmitieran a los suyos y nunca se rompiera la cadena.

Me despedí prometiendo que, si salía temprano, iría a ayudarlos un rato en el negocio. A esa hora los tranvías pasaban llenos, lo que estaba bien, pues disfrutaba caminar y poner orden a mis ideas. Recordé la conversación con Leila; tenía razón, debería olvidar ese encuentro y ser realista. Crucé la plazoleta con su pasto salpicado de margaritas blancas y minúsculas violetas silvestres de un azul intenso. Me hubiera gustado entonces saber pintar para capturar su belleza, pero yo no tenía dotes de artista.

Cerca de la Academia me encontré a varias de mis compañeras. Todas sabíamos que el examen era muy importante: ese año nos recibiríamos de secretarias y mecanógrafas y de ahí a tomar vuelo hacia el mundo del trabajo. ¡Cómo pasaba el tiempo! Ya era el último año y me entusiasmaba la idea de emplearme en una oficina.

Cuatro horas demoró el examen; los profesores, severos, se paseaban entre las filas de alumnas. Parecía haberme invadido una paz inexplicable, me sentía positiva y estaba realmente convencida de pasar las pruebas. Me había relajado al ver las preguntas y me había entregado en cuerpo y alma a responderlas. Las chicas empezaron a entregar sus hojas y yo decidí dar el último vistazo a mis pruebas para estar más segura de que estuvieran bien. Me levanté y entregué el examen. Me puse la chaqueta y salí hacia el baño a dar un retoque a mis labios y de allí dirigirme a la panadería para ayudar a mis padres. El estómago ya me daba alarmas de hambre y añoraba un jugo bien frío.

Fue emocionante salir de las pruebas finales de la Academia. Las tensiones del estudio quedaban atrás, y tendría un poco más de tiempo para mis aficiones, como leer un buen libro, disfrutar de una película, tener un poco más de vida social. En fin, no faltarían actividades para pasar los días que me demorara en conseguir un buen empleo. Pensando en eso, entré a una tienda de libros usados; tomé al descuido uno un poco ajado, *Fragmentos del ayer*. Era de un novelista desconocido, pero su título me gustó. Pagué y seguí adelante;

el olor de las enchiladas y los tacos de los negocios callejeros me enloquecían, tenía de verdad mucha hambre; pero la comida con mis padres y Malca era algo sagrado; aguanté un poco más. Crucé la calle. Ya estaba a unos cuantos pasos.

Entré eufórica, contenta, dispuesta a contar a mis padres que su querida Jayita había pasado los exámenes con éxito. Entonces levanté la vista y lo vi. Aunque estaba de espaldas lo reconocí en el acto: el hombre de la mirada cautivadora. Me quedé paralizada. El corazón me palpitaba con tanta fuerza que yo misma podía oír sus latidos. Allí estaba, tranquilo y seguro de sí mismo, un tanto arrogante, con una taza de café en una mano y un cigarrillo en la otra. Quise salir corriendo pero mi madre ya me había visto. Era tarde, demasiado tarde.

—Jayita, acércate. Ven a conocer a un turista judío colombiano.

Muy lentamente él se dio vuelta y nuestras miradas se encontraron. En su rostro creí ver una mueca de sorpresa. Esbozó una sonrisa… Mi rostro ardía; seguramente estaba roja como una manzana, el ambiente parecía pesado; me faltaba el aire. No tenía nada qué decir, no sabía qué hacer; ni siquiera podía fingir una sonrisa, mi mente parecía haberse quedado en blanco. La voz de mi madre me sacó de aquel estado de confusión.

—¿Jayita?

—Hola, mamá. Buenas tardes. –Apuré el paso para irme detrás del mostrador, quería esconderme, perderme en el interior del negocio, pero mamá insistió.

—Ven, *meidale*, quiero que conozcas al señor Alex, que está de paseo en México.

No había caso: era la cita con mi destino.

Raquel. Después de la Primera Guerra Mundial la vida en Polonia era difícil, especialmente para los judíos: en la historia del pueblo semita aparecía de nuevo la amenaza de un exterminio; tendencias fanáticas y criminales surgían por doquier. Además, la economía era desastrosa, la lucha por la supervivencia y el sufrimiento se hacían insoportables y nadie preveía un futuro mejor. La guerra había sido pavorosa y dejaba en el aire su aliento macabro. Polonia parecía marcada con sangre. Fue así como grupos de judíos decidieron dar el paso más difícil de sus vidas: dejar su país natal y viajar a otras tierras para poder ofrecer un futuro a sus hijos y cimentar los valores de su cultura, sobre los que tendrían que construir una nueva vida.

Mis abuelos paternos, Isaac y Lian, casados y ya padres de cuatro hijos –Martha de once años, Alex de siete, Berta de cinco y Dina de tres–, tenían una fábrica de dulces en Varsovia, pero para entonces era ya imposible conseguir azúcar; tenían la suerte echada: la quiebra era inevitable. No era tiempo de hacer balances para darse cuenta de lo que se dejaba ni de lo vivido: querían que algún día sus hijos se sintieran orgullosos de sus padres por haber tenido el valor de dejar todo y comenzar de nuevo.

Vendieron cuanto pudieron, el abuelo Isaac trabajó muy duro para aumentar las ganancias y ahorraron cada centavo; sabían lo que se avecinaba y querían defender a su familia a capa y espada. Algo era seguro: saldrían de Polonia a cualquier precio. Un poco antes de abandonar el país, Berta cayó víctima de la aterradora epidemia de gripe que asolaba la zona en la que vivían. Todos los esfuerzos por salvarla fueron vanos; la niña entregó su alma al Creador. Fue un duro golpe para toda la familia; pero especialmente para la abuela Lian, quien lloró amargamente la pérdida de su hija; se había entregado al dolor y nada parecía interesarle. Esto complicó más aún la salida de Varsovia.

La situación empeoraba. Ya no se conseguían comestibles y sus otros hijos podrían correr la misma suerte de la niña. Fortalecieron la decisión. Los vientos helados les hicieron entender que era necesario coser ropa de abrigo para los niños y para sí mismos: lo importante por el momento era resistir la aterradora temporada invernal. Tendrían que ponerse firmes en el intento de encontrar nuevos horizontes. Habían vivido suficiente la horrenda experiencia de la corrupción polaca. Era claro que allí no estaban a salvo, tendrían que darse esa segunda oportunidad y rogaban al Todopoderoso que les ayudara a encontrar una nueva luz tras la cual seguir. Después de varios meses de trabajo y ahorro, decidieron que era hora de marchar hacia las montañas, que atravesaron a pie con los niños pequeños, para llegar a la frontera. La tarea no fue fácil; era un viaje sin guía y con poca comida.

Durante el extenuante recorrido imploraban un poco de sol para calentarse los huesos. El abuelo llevaba a Dina a sus espaldas, la abuela cargaba una vieja maleta con pocas pertenencias, Martha y Alex la seguían sin quejarse. Así fue como, con poco dinero, mucho esfuerzo y ganas de vivir, después de ese tremendo recorrido en un invierno infernal, la familia Bizler, con un grupo excepcional de judíos, llegó al puerto de Hamburgo para embarcarse hacia América del Sur. Luego de la larga y penosa travesía que duraba tres meses, unos se quedaron en Venezuela, otros en Perú y a ellos les tocó como destino la tierra colombiana. Allí, sin conocer el idioma, sin familia ni amigos, tuvieron que empezar de nuevo, solos y con tres bocas que alimentar.

Se establecieron en la ciudad de Manizales; con el poco dinero que tenían alquilaron un cuarto con dos camas, una mesa y dos sillas. Ese fue el principio de una historia larga e increíble. La esperanza los alentó para seguir adelante y los sacó poco a poco de terribles aprietos.

***

Los abuelos Lian e Isaac habían dejado atrás, muy lejos, su mundo y su cultura; ya en el nuevo país deberían descubrir a golpes su nueva identidad, aprender un idioma que les era completamente ajeno, entender las extrañas costumbres de

esos lugares e inventarse algún modo de subsistencia; se transformaron en dos personas muy estrictas con sus hijos, en especial Lian, no solo por las dificultades que había vivido hasta llegar a Colombia, sino que traía en el alma el dolor de su hijita muerta y una rabia ciega con Isaac, quien no quiso escuchar su deseo de adherirse a las esperanzas sionistas y unirse a un grupo para viajar a la Tierra Prometida.

Pero ya en Colombia, el país que los acogía, no había lugar sino para la lucha del día a día, todo era como una danza loca. A pesar de los tiempos difíciles, esa tierra significaba una promesa. Era necesario ordenar las vidas, buscar inmediatamente algún oficio, evitar errores para poder cumplir la ambición de encontrar un futuro mejor para sus hijos. Las soluciones para sus problemas tendrían que encontrarlas a como diera lugar. En Manizales tuvieron que meterse a la vida del lugar, buscar aliados e incursionar en el comercio para encontrar cómo sobrevivir. Isaac y Lian, a pesar de la inevitable distancia que se había creado entre ellos, dedicaron sus mejores esfuerzos para abrirse camino, dejaron de lado todo lo que no fuera trabajar por el futuro; las manifestaciones de amor entre ellos y para los hijos dejaron de existir.

El trabajo se les presentó en la compra y reventa de telas; así pudieron en un principio contratar en su casa a una profesora para que los niños aprendieran el español. Luego enviaron a Martha y a Dina a estudiar en un colegio de monjas católicas, pues la colectividad judía no llegaba ni a veinte familias, en aquella época no existía un colegio para sus hijos. A Alex, mi padre, el segundo de los hijos y único varón, lo enviaron al Colegio Villegas en Buga, en donde vivía una familia judía que habían conocido. Pensaban que allí podrían controlarlo mejor, ya que ellos estaban dedicados a encontrar la estabilidad para la familia y su hijo desde siempre fue rebelde y llevado de su parecer. Era un internado de disciplina estricta y a los alumnos los castigaban también físicamente. Siempre lo recordó como una de las peores etapas de su vida. Después de tres años de estar allí, enfermó; mis abuelos lo sacaron y lo llevaron a Manizales, donde continuó sus estudios como externo en un colegio de la localidad.

Mientras tanto, reunieron suficiente dinero para abrir un almacén de ropa y alquilaron una casa con dieciséis habitaciones que subalquilaban a estudiantes y a oficinistas. Así lograron un extraordinario adelanto en la consecución de sus metas económicas, en la búsqueda de logros materiales. Creo que en esa búsqueda a mis abuelos se les olvidó que sus hijos también necesitaban sentir que eran amados, sentir su cariño. Pero no había tiempo para eso.

Para la década de los años treinta, ya Medellín era una ciudad en pleno desarrollo y con una vocación textilera muy interesante; por eso decidieron trasladarse allá y dejar Manizales. Los chicos se hicieron adolescentes, Dina y Martha conocieron en esa ciudad a sus respectivos maridos, pero Alex se desbocó

en una vida desordenada. Era un excelente trabajador que ya a los diecisiete años manejaba su propio almacén y, como era tan guapo, también un Don Juan empedernido que destrozó los corazones de muchas mujeres. Quizá necesitaba buscar así el amor que nunca había tenido de sus padres, pero cuando lo conseguía ya no le alcanzaba o simplemente lo despreciaba.

Gabriela. Nací en una vereda de Santo Domingo, en las montañas de Antioquia en el año 1922. Mi familia era muy humilde, gente del campo, y crecí junto a mis cinco hermanos. Teníamos una tierrita y una casa sin nada de lujos. No teníamos camas, solo esteras para dormir. Yo vine a conocer muebles de verdad en el pueblo y donde mis abuelos, que tenían una finca grande y más comodidades. Los hijos debíamos trabajar parejo, aun siendo niños, desde que amanecía hasta la noche.

Cuando cumplí dieciséis años solo pensaba en cómo haría para salir de esa pobreza y ayudar a mi familia. Soñaba con irme algún día a la ciudad. Quería trabajar, tener lindos vestidos y zapatos de "verdad", ropa interior como la que había visto en una revista vieja en el almacén del pueblo, que la dueña me dejaba mirar; yo pasaba ratos hojeándola, soñando con un mundo muy diferente, como el que mostraban esas imágenes de casas limpias y elegantes, de mujeres bonitas y tan bien vestidas.

Entonces pensaba con mucha tristeza en mi mamá, que siempre estaba tratando de barrer el piso de tierra de mi casa; ella cocinaba lo que había, lavaba muy bien la ropa y planchaba con su pequeña plancha de carbón, siempre callada, jamás la oí quejarse, aunque de vez en cuando la pillaba llorando por ahí, calladita. Pero si se daba cuenta de que yo la estaba mirando, ahí mismo se limpiaba las lágrimas y me sonreía… Me parecía verla patentico moverse en las noches, sin que la sintiéramos, alumbrándose con una lámpara de petróleo, solo para revisarnos y para acomodarnos las cobijas de retazos, hechas por ella misma, para que no nos diera frío. Luego se recostaba también y caía rendida al lado de su querido viejo, que ya roncaba por el cansancio de un día más de trabajo tan pesado.

Quería mucho a mis papás, adoraba a mis hermanitos. Por eso cosía y recosía su ropa, pues yo había aprendido a remendar muy bien con mi abuela; me encantaba coser vestidos con la tela barata que mi mamá compraba en el pueblo; también cosía y remendaba para los vecinos y así ganaba algunas monedas que daba a mis papás para ayudar con algo en la casa. Pero eso sí, guardaba en secreto alguna que otra moneda en una cajita de lata; ese era el ahorro que me sacaría de esa vida para empezar otra mejor, fuera del monte y de la casa pobre en donde vivíamos tan apretados.

Aquella noche, cuando tomé la decisión, miré con lástima a mis hermanos menores que se habían tenido que ir a dormir con una arepa y una tasa de aguapanela con leche como última comida del día. No quería más esa vida.

Necesitaba irme a la ciudad a buscar futuro. Los chismes que había en la vereda sobre las muchachas que se iban a la ciudad y regresaban con un niño en brazos me asustaban; pero yo estaba segura de que no caería en esos cuentos de los hombres, tenía una meta fija y la iba a lograr.

Tendí mi estera en el suelo, me trencé el pelo y caí rendida. Pensé en la cajita que se estaba llenando monedita por monedita. La tos de mi papá me sacó de los sueños. Hacía frío esa noche. Quería a mi familia pero yo esperaba más de la vida: al otro día tendría que hacer los oficios y bajar a buscar costura al pueblo, necesitaba más plata. ¡Plata! Cerré los ojos y al fin me dormí soñando con toallas, una cama con colchón y sábanas. Era como una paloma libre y volaba, volaba…

Me levanté muy temprano, tenía que bajar al río a traer el agua para lavarnos y poner a hervir la aguapanela para el desayuno. Mi hermano ya había traído la leña para el fogón, mi mamá preparaba la mazamorra y la masa para las arepas. Mi papá estaba ordeñando la vaca. El día estaba gris y amenazaba con largar un aguacero de esos que caían en la montaña. Fui a la letrina que quedaba afuera de la casa y me miré en el pedazo de espejo que mi mamá mantenía colgado de la pared de bahareque. Todo el mundo decía que yo era bonita y yo lo sabía: era alta, ni gorda ni flaca y estaba muy orgullosa de mi pelo y de mis ojos negros que tanto admiraban.

Me eché el viejo chal en los hombros y salí por una pendiente muy parada para llegar al río; todavía estaba oscuro y, así los hubiera oído desde niña, los ruidos del monte me asustaban. El viento fuerte me hizo estremecer de frío, pero seguí adelante lo más rápido posible antes de que se soltara la tormenta. Me gustaba mucho el paisaje de mi tierra, sobre todo cuando empezaba a clarear, la salida del sol iluminando los bordes de las montañas.

Regresé cargada con las dos ollas pesadas y unas botellas, segura de que cuando llegara, el fogón estaría listo para hervirla, el olor de las arepas ya habría levantado a los niños que irían a la escuela: los maestros seguirían enseñando los principios morales, las tablas de multiplicar y a leer. Cosas que yo nunca pude aprender porque a mí no me quisieron mandar a la escuela; mi papá pensaba que las mujeres no necesitábamos saber nada más que los oficios de la casa, para casarnos y ser buenas mamás y buenas esposas.

Pero no todo era trabajo y tristeza; también había días alegres, como cuando había fiestas en el pueblo, especialmente para las muchachas de mi edad. Los papás no nos quitaban los ojos de encima, pero podíamos dar una vuelta por la plaza, acompañadas de otras muchachas, y a veces los muchachos nos decían: "Se me apareció la Virgen" y cosas así.

Y a veces había "academia" en las fincas vecinas, y era cuando llevaban músicos y todos cantábamos y, hasta de pronto, lo dejaban a uno bailar alguna pieza, un bambuco, con un señor o con uno de los muchachos. Ellos estaban bien arregladitos, con su ruana limpia y casi siempre en abarcas o cotizas, porque zapatos no se veían en el campo por esas épocas.

Tal vez nunca aprendí a leer ni a escribir; pero sí había aprendido las enseñanzas que mi mamá nos dio y las lecciones de Catecismo del cura que todos los domingos nos juntaba en la iglesia, dos horas antes de la misa, para hacernos aprender todas las oraciones y contarnos historias bonitas de Jesús, de la Virgen María, de los apóstoles y de los viejos de antes, como Noé y Moisés. Hablaba de la moral, de los pecados y del buen comportamiento que debíamos tener; también del deber de ser honrados y de trabajar con resignación. Nos decía que con valor, bondad y decencia cualquier persona podía llegar lejos en la vida.

Recuerdo bien la tarde de 1938, cuando resolví irme. La decisión era muy difícil y me sentía como atontada; no pude dormir en toda la noche: se me revolvían en la cabeza y en el alma la esperanza de cambiar de vida pero también el terror hacia lo desconocido. De una cosa estaba segura, pasara lo que pasara no me iba a quitar, eso lo juraba. Yo era la única responsable de mi futuro y de mi vida. Estaba llena de un fuego, de unas ansias por tener un futuro mejor que no veía claro, pero que sabía que ahí estaba, a la vuelta de la esquina y en el que confiaba porque era muy jovencita. Ahora que tenía fuerza y juventud era el momento, saldría a mi lucha encomendada a mi Dios y a la Virgen del Carmen para que me guiaran y no me dejaran caer.

Ese día, antes de que amaneciera, guardé las monedas recogidas en mi caja de lata, mis pocas cosas las metí en un costal que había arreglado como bolsa, bajé a pie la falda que daba a la carretera y esperé a que pasara el único bus de escalera que atravesaba ese pueblo de Dios por esas épocas. Me llevaría a donde me empujaban mis sueños.

La despedida de mis hermanos había sido rápida, apenas se estaban despertando, pedí al Ángel de la Guarda que no los desamparara, ni a ellos ni a mi mamá tan trabajadora y resignada. Siempre, siempre nos repetía con fe: "Mañana, hijos, mañana será ese día". Muy bien, mamá, para mí había llegado ese día. Se lo conté cuando apenas clareaba. Ella no lo podía creer, pero no trató detenerme; con firmeza, y ganas de llorar, me dijo: "¡Si se va, no vuelve!". Con esas palabras en mi cabeza tomé mi atado y me fui cuesta abajo. Cuando volteé para mirar por última vez hacia mi casa, la vi echándome la bendición; ella sabía que a su hija no la paraba nadie. Vi a mi papá partiendo leña, el sudor le pegaba la camisa a la espalda; con el pesado sonido de los hachazos persiguiéndome corrí por el camino, en mi ida, la gran ida hacia lo desconocido.

El destartalado aparato fue bajando por la loma traqueteando; olía a cebollas y gallinas, a verduras, ese olor que nunca olvidaría; iban al mercado. Atrás iba quedando mi tierrita y la vieja casa con los recuerdos; y mi familia, mis papás y mis cinco hermanos. También pensé en los abuelos; me habían mandado a vivir con ellos un tiempo para liberarse de mí cuando estaba niña, porque decían mis papás que yo era una muchachita muy inquieta y que no podían domarme. En

medio de las lágrimas que rodaban por mi cara recordé que ni siquiera había ido a despedirme de ellos, que tanto habían hecho por mí.

Me esperaba ¡Medellín! Allá era donde yo había decidido que sería capaz de triunfar contra viento y marea; usaría mi talento para la costura, era una habilidad, un don que el Señor me había regalado. Ya amanecía, el cielo se ponía rojo. Me sequé las lágrimas de un manotazo. Me acomodé lo mejor que pude en mi puesto del bus, sobre mi talego de ropa, y me dormí. Eso era, solo dormir y no pensar, dormir…

***

El frenazo del bus de escalera me hizo despertar, Dios mío, habíamos llegado. Estaba como ensonsada. Y, ahora ¿qué? En ese momento me di cuenta de lo sola que estaba, empecé a temblar de miedo, yo no conocía esa ciudad tan grande ni a nadie que pudiera recibirme. Llevé la mano al pequeño crucifijo que colgaba de mi cuello, lo apreté con fuerza y le pedí a Dios que me acompañara en cada paso que iba a dar en esta aventura. La emoción por este viaje se había vuelto terror y desconfianza. Empecé a bajar los escalones del bus y de repente me llené de una paz en el alma y de una seguridad que no podría explicar ahora; pensé en mi mamá, la sentí cerca y recordé sus consejos.

Había llegado en el bus hasta el centro de Medellín; me pareció bonita la ciudad, la gente estaba apurada, y vi hombres muy elegantes de sombrero, muy bien vestidos, como en las revistas... pero también había gente como yo, humilde, que trabajaba, que cargaba bultos, que empujaba carretas. ¡Y vi carros!, tan elegantes, el tranvía, edificios de hasta cinco pisos. ¡Así que esta era la ciudad!

Sentí una punzada de hambre; abrí mi talego y saqué un pedazo de panela, eso me mejoró el ánimo. Entré a una cafetería que olía a aliños y a cerveza. Le pedí a una señorita que si podía usar el baño y me dijo sin mirarme que estaba al fondo. En el baño, que olía a orines, me lavé la cara y tomé un poco de agua de una llave oxidada; no quería gastar la poquita plata que tenía; ya vendrían días mejores.

Al salir del baño me encontré con una muchacha más o menos de mi edad que lloraba, acurrucada en un rincón, y se tapaba la cara con un chal viejo. Me acerqué a preguntarle qué le pasaba, si podía ayudarla; me miró y me sonrió con la sonrisa más bonita que yo había visto en mi vida.

—Muchas gracias señorita... pero no creo.

—¿Cómo se llama usté?

—Carmen. ¿Y usté?

—Gabriela.

—Pues... me vine de mi casa... y ahora no sé qué hacer…

Solté una carcajada; ella me miró como aterrada con sus ojos castaños; vi que era muy bonita y muy joven.

—Eh Ave María. ¿De qué te reís? ¿De mi dolor?

—¡No!, no, es que ahora somos dos.

Me sentí más segura, ya éramos dos, nos apoyaríamos la una a la otra. Apreté otra vez mi crucifijo. Nos sentamos en una banca fría, como de piedra; alrededor había palomas que comían maíz que algunas personas les tiraban. Carmen tenía hambre y tampoco se animaba a tocar sus pocos ahorros. Abrí nuevamente mi talego y le di el último pedazo de mi panela con media arepa; se los comió a la carrera, sacó una botella de vidrio, de esas de aguardiente, en la que había llevado agua y las dos tomamos.

Carmen tenía quince años, vivía en un pueblito muy cerca del mío, eran diez hijos de un padre borracho que golpeaba a su mamá cada vez que se le ponía enfrente, y una noche, apestando a licor, había tratado de aprovecharse de ella. Desesperada, corrió a la cocina y lo golpeó varias veces en la cabeza con lo primero que encontró, lo dejó medio muerto y salió corriendo para la casa de su tía; ella le prestó unos pesos para que escapara lo más lejos posible. Subió a la escalera que iba a Medellín y aquí estaba. Paró de hablar un momento para limpiarse las lágrimas con un pañuelo sucio que traía guardado en el escote. Había estudiado por la noche en la escuelita del pueblo hasta segundo grado, a tropezones, pero sabía leer, lo que ya era algo. Quería ofrecerse como planchadora o lavadora de ropa, pues eso era lo que mejor sabía hacer. Era seguro que nos quedaríamos juntas, ambas habíamos andando un difícil camino. A mí me pareció Carmen muy valiente; ahora tenía a alguien en esta ciudad y me sentí capaz de todo. Averiguamos con la gente del parque en dónde podíamos dormir. Una señora, que cuidaba a unos niños muy lindos y bien vestidos, nos dijo que cruzáramos la calle y que por allí podríamos encontrar un sitio decente y seguro para nosotras. Alquilaríamos juntas una pieza y luego recorreríamos la gran ciudad en busca de trabajo. La seguridad y la calma volvieron a nosotras. Nos habíamos jurado: todo, menos volver al pueblo.

Hacía rato había pasado el mediodía. Estábamos cansadas y con hambre en esa ciudad tan grande, mirábamos sus carros y edificios, las plazoletas con sus fuentes con agua, la gente, parecíamos hechizadas. Dos muchachitas montañeras, eso era lo que éramos. Hacía sol y el viento era frío. Seguimos adelante con un miedo espantoso al cruzar las calles, no sabíamos por qué nos llenaban de insultos esos señores groseros, pero tendríamos que andar rápido antes de que anocheciera.

—Parecemos dos cabras perdidas –me dijo Carmen con su sonrisa tan franca–. ¿A dónde vamos? ¿No sería mejor preguntar en algún almacén por aquí?

No era mala la idea. Entramos a un café donde sonaba a todo volumen la música de una pianola. Alrededor de las mesas había hombres y mujeres que reían duro, las botellas de cerveza se juntaban, el olor a sudor y a trago era horrible.

Las dos sabíamos que en nuestros pueblos había sitios así, pero ninguna de las dos había entrado nunca; eso no estaba permitido. Yo tenía un espíritu fuerte, jamás fui vergonzosa. "Hoy no –me dije–, hoy no me dejo derrotar".

—Buenas tardes, señor.

Decidida, me arrimé al señor robusto que estaba parado del otro lado del mostrador, con la camisa sudada. No sé por qué sentí miedo de él.

—Buenas tardes, mamita, ¿pa qué soy bueno?

—Señor, ¿sería tan amable de decirnos dónde podemos buscar trabajo?

El hombre salió de detrás del mostrador y con mirada descarada y grosera nos invitó a tomar una cerveza, con la promesa de que ya nos encontraría trabajo. Nos miró a las dos de arriba abajo y nos empujó a una mesa que estaba chorreada de cerveza. Hacía calor. Sentí arcadas y rabia al mismo tiempo. Sin decir una palabra tomé a Carmen del brazo y echamos a correr.

Más adelante vi que Carmen se paraba ante una vitrina y miraba un cartón en el que había algo escrito. Me acerqué preguntándome qué le había llamado tanto la atención.

—Gabriela, aquí buscan una planchadora –me dijo, y se rió como una niña.

¡Qué increíble! Entramos las dos, cansadas pero sacando fuerzas quién sabe de dónde; apreté mi pequeño crucifijo rogándole que no nos abandonara.

Una señora madura nos recibió muy atenta y amable, presentí que ante nosotras se acababa de abrir una esperanza.

—A ver, niñas, ¿qué se les ofrece?

—Trabajo, mi señora –dije sin pensarlo dos veces.

Era una señora muy querida; nos sonrió y nos dijo que nos sentáramos en dos banquitos que tenía en el local. Nos sirvió limonada de una jarra, estaba tibia pero la tomamos de un trago.

—Y bien, señoritas, ¿de dónde vienen?

Después de preguntarnos sobre nosotras nos aclaró que la vida en la ciudad no era fácil, pero que con decencia y trabajo podríamos sobrevivir. Carmencita, como yo la llamaba, dijo que podría entrar mañana a primera hora para empezar a planchar. Acordaron su salario, y luego me miró a mí.

—Y usted Gabriela, si es buena costurera, creo que le tengo un trabajo. Es en el almacén de ropa de un polaco que está en la esquina; es un señor muy cascarrabias y exigente, pero si sabe coser, no habrá problemas.

No podíamos de la alegría: trabajo y cerca la una de la otra; ahora solo nos faltaba alquilar una piecita para las dos, para empezar a escalar nuestra montaña.

Doña Tina, nuestro ángel, nos mandó a una casa que no quedaba lejos, en la que una viejita alquilaba piezas con dos comidas al día a un precio bajo. Le dimos las gracias y nos despedimos con la promesa de que al día siguiente me llevaría donde el señor polaco. Salimos y nos dimos cuenta de que empezaba a anochecer;

todo nos parecía ahora más hermoso, la ciudad ya no era tan asustadora, y hasta nos dimos cuenta de que había árboles y que estaban llenos de pájaros.

Preguntando llegamos a la pequeña casa de huéspedes. Nos recibió una señora muy mayor que se veía fuerte y sana. Nos pasó a un saloncito muy ordenado. Nos pidió limpieza, pago puntual y no llevar, por ningún motivo, hombres a su casa. Nos mostró la pieza en la que había dos camas de hierro con sábanas blancas y dos toallas. Luego nos mostró también en dónde quedaban la cocina, pequeña pero limpia, y un baño. Por primera vez en mi vida iba a bañarme en uno con baldosines, como decían que había en las casas más ricas de mi pueblo. Nos dejó solas en la que ya era nuestra nueva casa, la pieza, y nos pusimos a guardar las pocas cosas de las dos en el armario de madera.

Cuando terminamos, salimos a lo que era el espacio de la sala y el comedor de esa casa; allí doña Inés nos tenía de bienvenida dos tazas de chocolate con aguapanela y arepas con quesito, era lo mejor del mundo, pensamos, para nosotras que estábamos muertas del hambre. Casi no lo podía creer, que hubiera personas en la vida capaces de ser tan generosas con gente como nosotras, pobres, jóvenes y sin nadie que nos apoyara. Mis ojos se aguaron, yo creo que de felicidad y de agradecimiento a Dios. Cuando miré a Carmencita, ella también lloraba en silencio.

Con los ahorros de las dos pudimos pagar el primer mes de hospedaje. Estábamos rendidas; nos despedimos de doña Inés y nos fuimos a dormir. Antes, yo tomé la primera ducha de mi vida. Me recosté en la cama, una cama con un colchón que me pareció un lujo; una cama que tenía unas sábanas que olían a limpio. Esas eran las cosas con las que yo tanto había soñado; no cabía duda de que esa sí era vida y si la plata era la causa de poder tener cama, sábanas y baño con baldosines, bien valía la pena ponerse a trabajar. Casi no logro apagar la lámpara que había en una mesita puesta entre las dos camas, no veía de dónde; hasta que encontré el botoncito que hundí con un susto, ya a oscuras me subí la cobija hasta el pecho y me acomodé; al día siguiente empezaría la prueba para las dos en Medellín. Pero no se me quitaba de la cabeza la palabra "polaco"... que era un señor de mal genio... ¿Qué era polaco?

—Buenas noches, Carmencita. —le dije, pero ella ya roncaba. Había sido un día largo.

Supe que ya estaba amaneciendo porque la ventanita de la pieza se iluminó, y porque yo estaba acostumbrada a levantarme con la aurora, con las gallinas, como decía mi mamá. Carmencita también estaba despierta, arrodillada rezaba a la cruz de madera que había en la pared, entre las dos camas. Era tan niña, tan delicada y tan bonita que me dio miedo por ella y recordé las historias que contaban en el pueblo sobre las muchachas que se iban a trabajar a Medellín

y regresaban más pobres y con un hijo o con dos... Pedí por ella para que fuera siempre por el buen camino.

No tenía muchas cosas. Pero, por muestra de las revistas del almacén del pueblo, me había cosido yo misma una falda de un pañete verde, igual al del modelo, y una blusita blanca. Seguro no eran las ropas más bonitas, pero me quedaban bien. Las tomé del armario. Quería estar bien arreglada, que yo no le pareciera una montañerita al señor cascarrabias. Estaba dispuesta a conseguir el trabajo del tal polaco. Dejé que Carmencita terminara su oración y salí para el baño, y aunque hacía frío, me duché con agua helada, yo estaba acostumbrada. Pero ese baño me animó. Me sequé con una toalla, algo que nunca había tenido... y me froté el cuerpo con agua de rosas, que era lo más elegante que me podía permitir en ese entonces. Me vestí rápido. En el baño vi un cepillo de dientes y una crema que venía en un tubo metálico; yo siempre había querido tener esas cosas..., a la vereda habían ido unos médicos y nos habían dicho que era importante lavarse los dientes y nos mostraron cómo se hacía. Pero uno de dónde... Mi papá siempre tuvo buenos dientes y nos enseñó a limpiarlos con bicarbonato frotado y a meter por entre las muelas unas ramitas de limoncillo para limpiarlos. Mis dientes eran bonitos y sanos. Pensé que con mi primer sueldo me compraría un cepillo de dientes y la crema. También cepillé mi pelo hasta sacarle brillo. Salí apresuradamente para darle su turno a Carmencita y fui a arreglar mi cama. Mi abuela, que tenía camas en su casa, me había enseñado a tenderlas y no quería dar disgustos a la señora Inés.

Cuando Carmen estuvo lista, salimos al comedor donde la señora Inesita nos esperaba con el desayuno listo: café con leche y panes blancos, blanditos, deliciosos. Su hospitalidad me hizo sentir como en mi casa. ¿Qué más podíamos pedirle a la vida? Nos despedimos de ella y nos fuimos calle abajo, en esa mañana fría, para empezar nuestros trabajos.

El barrio donde vivíamos ahora era Boston, en su parte alta; pero quedaba cerquita del centro, en donde ya se empezaba a notar que era una ciudad de comerciantes, porque había muchos negocios bonitos. Casi me muero cuando vi unas vitrinas con unas muñecas del tamaño de una mujer normal, vestidas tal como yo lo había visto en las revistas: unos vestidos pegaditos, sombrero con velillo, guantes largos y lo mejor eran los zapatos: "¿Alguna vez tendría unos así? ¡Seguro!", pensé.

Llegamos a la lavandería y doña Tina estaba muy ocupada recibiendo atados de ropa que seleccionaba con cuidado, poniendo un número en cada talego. Cuando terminó de hacerlo nos saludó muy amable.

—Y bueno, niñas, hoy vamos a saber lo que valen.

Llevó a Carmencita hasta una mesa de planchar que estaba al fondo del local y sobre la que esperaban pilas de ropa. La miré, le deseé buena suerte y quedamos en

encontrarnos a las seis de la tarde ahí mismo, para ir a la casa. Doña Tina le tuvo que encargar el negocio a Carmencita mientras me llevaba a mí hasta el almacén donde el señor polaco decidiría si me empleaba o no. Desde lo más profundo de mi ser imploré a todos los santos que ese señor me diera una oportunidad. Necesitaba el trabajo, necesitaba salir adelante; tenía que conseguirlo.

Llegamos a un almacén que olía a tela nueva porque estaba repleto hasta el piso de rollos de todos los colores, ropa muy ordenada y doblada en los estantes, ropa interior en pequeños mostradores. Yo estaba petrificada del susto; la señora Tina me dio un tirón para hacerme seguir adelante y se detuvo ante un escritorio. En él, escribiendo, se encontraba un señor muy concentrado. Doña Tina lo llamó con mucho respeto:

—Señor, don Alex…, le conseguí la costurera.

Levantó su rostro serio que me dejó fría en el acto, era muy bien plantado y tenía un cigarrillo en la boca, sin tocarlo con las manos. Me miró de arriba abajo como si quisiera ver más allá de mi ropa. Esa mirada me avergonzó, creo que me puse roja como un tomate. Tenía unos ojos muy bonitos color miel. Dios mío, me quedé ahí parada, mirándolo, como si estuviera hirviendo, sin poder hablar.

—Y bien, Tina, ¿quién es esta niña?

—Pues viene de un pueblo, no la conozco pero su amiga ya trabaja para mí. Usted dirá…

—¿Cómo se llama?

—Gabriela, señor –contesté a punto de desmayarme.

—Bien, Tina, vuelve a tus quehaceres, te lo agradezco mucho. La entrevistaré y ya veremos.

Tina se despidió y me dejó sola con ese hombre que me hacía avergonzar, algo que nadie antes me había hecho sentir.

—Bueno, Gabriela, siéntese.

Se lo agradecí, pues las piernas ya no me sostenían. Ese señor parecía divertirse conmigo, sentí ganas de salir corriendo pero necesitaba el trabajo. Me di cuenta de que debía mostrarle algo más de tranquilidad o si no iba pensar que yo era la campesina boba y sin experiencia que era y de pronto no me daba el puesto.

—¿Qué sabe hacer?

—Yo sé coser, remendar, señor. Coso rápido y muy bien, sé también bordar y tejer.

Me miró sin borrar esa sonrisa como de burla, un mechón de pelo se le vino encima de la frente; me acordé de una película que habían dado un día en la plaza del pueblo, la única que yo había visto. El "actor" de esa película se parecía a este polaco.

—Aquí el trabajo es difícil, niña, yo no regalo un centavo si no se lo ha ganado, acá no se viene a jugar ni a matar el tiempo, ¿está claro?

—Sí, señor, yo necesito… –me interrumpió bruscamente, ya no se reía.

—Lo que usted necesita no es de mi incumbencia. La tomaré un día a prueba y después veremos. –Sacó una planilla del cajón y lo cerró duro haciéndome brincar.

—Llene sus datos. –Tomé la hoja con manos temblorosas y me quedé mirándolo–. Allí tiene un estilógrafo –dijo más bien en tono maluco.

Sentí que una gota de sudor frío corría por mi espalda, empecé a temblar de miedo y me quedé mirando el estilógrafo pero no me atreví a cogerlo. Mis esperanzas se estaban yendo...

—Niña –casi gritó–, no pienso quedarme con usted todo el día. ¡Despierte!

—Señor, yo… –se me atragantó la voz y me puse a llorar sin poderme contener.

—Pero ¿qué le pasa? –dijo casi enfurecido, tendiéndome un papel que imaginé sería para limpiar mi nariz. Lo tomé temblorosa.

—Qué pena, señor, no sé escribir... –murmuré con la misma voz cortada, sin mirarlo a los ojos.

—Y encima, analfabeta –le oí decir.

—Nombre y apellido –tomó el bolígrafo y empezó a preguntar, después de arrancarme la hoja de las manos.

—Gabriela Muñoz –contesté, tiritando aún.

—Dirección. –De mi corpiño saqué el papelito en donde Carmencita me había apuntado la dirección de doña Inés y se lo entregué.

—Mire, niña, empiece a trabajar ya, si hoy todo marcha bien después apuntaremos los otros datos. Por lo pronto ponga una cruz aquí abajo.

Después de poner mi X el señor me llevó al fondo del local, me encomendó a una señora, doña Elena, que sería la encargada, y otra vez con ese tono maluco, casi burlón, lo escuché decir:

—Esta es la señorita X. Dice saber coser, dele trabajo y me comunica por la tarde si vale la pena dejarla. –Iba a retirarse pero regresó–. Agarre cualquier pedazo de cordón y cójase el pelo, que usted no vino a ningún baile –me dijo todo bravo.

—¡Sí! ¡Sí, señor!

No iba a rendirme; ya había pasado lo peor, ahora tendría que demostrar lo que valía. Yo no sabía escribir, era verdad, pero el talento para coser y bordar era un don que Dios me había regalado y se lo demostraría a ese señor tan grosero. Yo estaba decidida a mejorar mi vida. Sacrificaría todo mi tiempo, aprendería y llegaría lejos. Tal vez algún día encontraría a un hombre bueno y formaría una familia, con niños, una casita bonita con camas con colchones, sábanas, toallas... y empecé a llorar de nuevo. Apreté mi crucecita con fuerza, me limpié las lágrimas, y me amarré el pelo; miré a la señora Elena con mucha seguridad y le pedí que me diera el trabajo.

Me mostró dónde estaba el material: hilos, agujas y botones, que serían mi primer trabajo, me explicó cómo combinar los colores de los hilos y los botones; me entregó algunas camisas de hombre en las que tendría que pegar ocho botones paralelos a los ojales y otros dos más pequeños en los puños. La encargada se las iría llevando para plancharlas y empacarlas en pequeñas cajas de cartón. Me entregué a mi primera tarea, a mi vocación. La primera camisa me quitó un poco más de tiempo, pero la segunda fue más rápida; la muchacha que se las llevaba para abotonarlas y plancharlas me miró como si no lo pudiera creer; y yo le sonreí. En ese taller había mucho silencio, las trabajadoras tenían miedo de respirar; pero, a la distancia, se podían escuchar las canciones de una radio que yo nunca había oído. Les puse cuidado y eran muy bonitas; me llevaron lejos mientras pegaba botones.

No sé cuántas horas pasaron, pero estaba tan concentrada en mi oficio que casi no oí a la señora Elena que me llamaba.

—¡Niña X! –La miré y me levanté rápido.

—Señora, mi nombre es Gabriela, a sus órdenes.

—Tómese media hora de descanso, puede ir a comer cualquier cosa y a tomar un poco de agua.

—¿Qué hora es?

—Las dos de la tarde, y aquí se trabaja hasta las seis.

Fui al fondo a tomar un vaso de agua, tenía mucha hambre pero esperaría a Carmencita para comer algo en la casa. Vi que las otras empleadas sacaban arepas con queso de sus bolsitas de papel, se me hizo agua la boca. Tomé mi segundo vaso de agua y de pronto escuché que mis compañeras me llamaban para compartir su almuerzo conmigo. Nos presentamos, una se llamaba Amparo y la otra Rosalba. La planchadora se quejó de lo rápido que yo iba, pero eran muy simpáticas. Comí media arepa con frisoles y una naranja que me supieron a gloria. La señora Elena nos hizo una señal y volvimos a nuestro trabajo. Otra vez silencio. Silencio. Tan solo la radio.

Ya eran las seis de la tarde y las muchachas empezaron a prepararse para irse. Puse con mucho cuidado los botones, agujas e hilos en su lugar, solté mi mata de pelo y me alisté a salir junto con Amparo y Rosalba.

—Hasta mañana, señor –las escuché decir.

Sin alzar la mirada de los libros dijo adiós con la mano. Salimos a la libertad, al aire, al bullicio; todo era mejor que ese silencio del trabajo. Amparo y Rosalba, que eran un poco mayores que yo, me empezaron a atacar con un millón de preguntas: de dónde venía, dónde vivía y cómo había llegado a ese trabajo; en fin, me contaron que llevaban trabajando un año allí y que el sueldo no era tan malo. Antes de despedirse me aclararon que el señor Alex era un judío polaco malgeniado; así supe de otras religiones diferentes a la mía y que había países

lejanos, como ese, de donde venía el polaco. Me dijeron también que si uno hacía bien el trabajo, él podía ser amable de vez en cuando. Ellas pensaban que había hombres que no sabían cómo mostrar sus sentimientos y emociones; no tenía buen humor, pero no se metía con los empleados, toda la comunicación se hacía por medio de la señora Elena.

Apuré el paso para ir a buscar a Carmencita, que me estaba esperando afuera de la lavandería; la vi tan desamparada, tan cansada. Sentí mucha compasión, ganas de llorar; ¿qué veía en su cara? ¿Inseguridad? ¿O era desilusión? La abracé como para que se sintiera segura; yo también lo necesitaba. Se separó y me contó su día tan pesado; el trabajo había sido muy duro. Pero se rio cuando dijo que doña Tina estaba feliz con ella y podría volver mañana. Ese fue el mejor momento del día. Un día que había sido una prueba para las dos. Carmencita, con su inocencia, me hizo comprender que gracias a Dios teníamos trabajo y que debíamos ser fuertes si queríamos lograr lo que nos habíamos propuesto: salir de la pobreza y ayudar a nuestras familias.

Mientras regresábamos a la casa fue cayendo la tarde y le dije a Carmen que me hacían mucha falta mi casa, las montañas, las gallinas, mis hermanitos y mis papás. A ella le pasaba igual... Por un momento nos sentimos tristes, solas, como abandonadas; recordábamos las alegrías, los dolores y hasta la pobreza con nuestros seres queridos. Pero las dos estábamos de acuerdo en que era la primera piedra en la nueva vida y que habría muchas más. El camino de regreso al pueblo estaba cerrado, al menos por ahora.

Cuando pasamos por una iglesia grande y hermosa, decidimos entrar para dar gracias a Dios. Nos persignamos y rezamos en silencio. Al salir sentimos consuelo y confianza. Carmencita me preguntó que cómo me había ido con el nuevo patrón y yo le prometí que le contaría todo cuando llegáramos. Las calles estaban muy solas y la loma era empinada, me daba miedo.

Cuando ya íbamos llegando, vimos a lo lejos a doña Inesita que regaba sus matas en un pequeño jardín que tenía antes de la puerta de su casa. Esa imagen nunca se borraría de mi mente y de mi alma, no sé por qué, esa viejita cuidando su jardín me pareció tan cercana. Ella nos vio pasar la pequeña cerca del patio y nos sonrió.

—Qu'ibo, niñas, ¿cómo les fue?; pero primero a lavarse las manos, las estaba esperando para comer.

Ya tenía la mesa lista, sencilla pero tan limpia como todo lo de ella, y de la cocina salía un olor delicioso. Me di cuenta entonces cuánta hambre tenía. Corrimos a lavarnos las manos, nos sentamos las tres y atacamos el sancocho de gallina más rico que jamás habíamos comido. Doña Inés había puesto en un platico bocadillos para completar la sobremesa; me sentí como donde mi abuela... Y luego, nos ofreció un café caliente. Nos pusimos a arreglar la cocina y a lavar

los platos mientras charlábamos y le contábamos a doña Inés cómo nos había ido en nuestro primer día de trabajo, las impresiones sobre la ciudad, sobre la gente, sobre la ropa que usaban las personas elegantes que vimos por la calle. Sentí como si tuviera una nueva familia, y que esa casa era un regalo que me daba la vida.

En el lavamanos del baño lavé la blusa con ese jabón perfumado que había allí. Las dos nos pusimos las camisas de dormir; la mía era un camisón viejo, feo y hasta con un rotico, que había sido de mi abuela; era lo único que tenía… me dio pena de Carmencita, aunque la de ella no era mejor... ya vendrían otros tiempos. Carmencita me miró curiosa, ya más relajada; le conté mi vergüenza y el miedo que me había hecho dar el polaco; su mirada y de cómo me sentí de mal. También, de lo queridas que habían sido Amparo y Rosalba, mis nuevas amigas del trabajo.

Ella, en cambio, no tuvo un mal recibimiento; su planchado le había gustado a su patrona, y en la lavandería el ambiente era agradable... Solo necesitaba conseguir unos zapatos más cómodos para poder aguantar todo el día parada; estaba muerta de cansancio y se quedó dormida al momentico.

Ya en la oscuridad, acompañada por los suaves ronquidos de Carmencita, empecé a recordar el rostro del polaco judío. ¿Qué era un judío?, los judíos eran el pueblo de Cristo, Nuestro Señor... No entendía bien, pero recordé lo bien parecido que era, sus ojos, sus labios gruesos y esas manos grandes y fuertes; sí, era el hombre más bonito que yo había visto; ni siquiera los ricos del pueblo eran así; pero él era mucho para mí... no sabía por qué estaba pensando en esas bobadas... Lo importante es que doña Elena, antes de salir, me había dicho que el trabajo era mío y que lo cuidara. ¡Claro que lo cuidaría! Necesitaba mi sueldo, necesitaba… Mis ojos se fueron cerrando y lo último que vi fue el rostro del polaco cascarrabias.

***

Ya hacía más de medio año que trabajaba como costurera y el tiempo se me había ido muy rápido, volando; a veces me quedaba haciendo horas extras para ganar unos pesos de más. Podía pagar el alquiler a doña Inesita sin problemas, me había comprado, por primera vez en la vida, ropa y zapatos nuevos; y, también, había podido ahorrar unos pesitos para mandarle a mi mamá; soñaba con regresar y llevarles muchos regalos a ella y a todos en la casa. A pesar de sus amenazas de "... no vuelva más", yo estaba segura de que me recibiría con los brazos abiertos. Dios mío, cómo los extrañaba. A veces en la mitad de la costura mi mente se iba hasta mi montaña, en una especie de añoranza y de compasión por la pobreza que, estaba segura, aún pasaban; veía la vereda, las casas de bahareque, tapia y techo de tejas de barro, pero tan cuidadas, tan florecidas a pesar de las necesidades...